Lágrimas de sangue

Jordi Sierra i Fabra

loqueleq

1

7

Antes de circular en dirección contraria unos metros y subirse a la acera para detener la motocicleta delante de su casa, oteó el panorama a derecha e izquierda. La multa del lunes, la única en su «expediente», se la habían puesto por idiota, por no controlar, por confiarse y andar con la cabeza en otra parte y no en lo que estaba haciendo. El guardia, como si lo esperase, apareció por detrás de los contenedores de la esquina. Y no valieron las excusas. Ninguna. Además, un par de vecinos fueron testigos de la ignominiosa escena. Un par de vecinos de los que cascaban, porque su madre había tardado menos en enterarse del incidente que si lo hubieran anunciado por la tele.

—¿Y si hubieras atropellado a una anciana, hijo? ¿O a un niño de esos que salen de las tiendas a toda carrera, confiados?

Esta vez no vio a ningún representante de la ley, así que actuó con total impunidad. Ni siquiera caminaban muchas personas por la acera. La mayoría de los mortales se recogían temprano en su casa para la cena. Eludió a una señora cargada con

dos bolsas y a un hombre que, eso sí, le lanzó una mirada atravesada. Detuvo la motocicleta, apagó el motor y se quitó el casco antes de descabalgarse de ella. Mientras completaba el ritual de colocar la cadena, escuchó el zumbido del móvil en su bolsillo y lo extrajo con un gesto maquinal.

El SMS iluminó la pantallita cuando accedió a él.

Dos palabras.

«¿Dónde estás?».

Arrugó el ceño, chasqueó la lengua y se lo guardó de nuevo en el bolsillo con disgusto.

Disgusto e incomodidad.

Terminó de colocar la cadena, la cerró, se incorporó, recogió el casco y entró en el portal con la cabeza inmersa en lo más inmediato de su horizonte, aunque el mensaje acababa de devolverlo a la realidad situada más allá de él. La realidad de las decisiones importantes y urgentes.

—Mierda —suspiró.

La portera no se encontraba en su cubículo. También ella había echado el cierre. Se detuvo frente a la puerta del ascensor, como siempre parado en las alturas, y pulsó el dígito de llamada. Mientras aguardaba que llegase, volvió a sacar el móvil del bolsillo y lo desconectó.

Mejor así.

De inmediato se sintió un poco más libre.

Quizás fuese la última noche del pasado y la primera del futuro.

Un cambio.

Una segunda persona entró en el vestíbulo del edificio justo antes de que el ascensor se detuviera en él. No volvió la cabeza. Simplemente esperó. Odiaba subir con alguien, sostener una conversación estúpida sobre el tiempo o cualquier otra cosa. Pero era tarde para hacerlo a pie. No tenía el menor sentido. Abrió la puerta del ascensor y a su lado apareció la figura de la señora Amalia, la del sexto.

—Hola, Marcelito, ¿qué tal?

Marcelito. Todavía.

—Bien, bien.

—Me alegro.

La dejó pasar primero, tanto por educación como para poder salir antes que ella, que vivía un piso más arriba. Al iniciar el aparato el lento ascenso hacia las alturas deseó que su vecina no abriera la boca.

—Qué temperatura más buena, ¿verdad?

—Sí, ya hace calor.

—¿Y el trabajo?

—Bueno, ya sabe, se hace lo que se puede —se encogió de hombros.

—Tú al menos lo tienes. Mi sobrino ha cumplido los veinte y sigue buscando, el pobre.

Su sobrino era idiota, que para algo había estudiado a la fuerza, por cumplir.

No respondió. No valía la pena.

Primero, segundo, tercero...

—¿Y tu novia?

—Yo no tengo novia, señora Amalia.

—Tu madre me dijo... —puso cara de sorpresa.

—Bueno, salir con una chica no significa ser su novio.

—Antes sí.

Cuarto, quinto...

—Antes era antes.

—Ya, ya.

El ascensor se detuvo y abrió la puerta lo más rápido que pudo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, hijo.

Soltó una bocanada de aire al quedarse solo en el rellano y sacó las llaves mientras la cabina subía hasta la sexta planta. Cuando cruzó el umbral de su casa lo primero que escuchó fue el silencio.

La tele no estaba puesta.

No se percibía la menor señal de vida.

—¿Mamá?

No fue una llamada fuerte, únicamente una pregunta lanzada al aire, cargada de dudas. Dejó el casco en su habitación, lo mismo que la chaqueta negra con protecciones con la que solía conducir, y asomó primero la cabeza por la cocina, después por la sala y, por último, por la puerta de la habitación de sus padres.

En la penumbra localizó el cuerpo de su madre tumbado en la cama, de espaldas a él.

—¿Mamá? —vaciló.

—Ah, hola Marcelo —escuchó sus palabra como si acabase de arrancarla de una profunda somnolencia—. Creía que cenarías por ahí con Clara.

—¿Qué haces en la cama a estas horas? —pasó de su comentario.

—No me encontraba muy bien.

—¿Qué tienes?

—Nada, nada. Sólo necesitaba estar un rato tumbada.

—¿Quieres algo?

—No, de verdad, ya estoy mejor.

—¿Y papá?

—Ha salido.

—¿Seguro que no quieres que vaya a la farmacia a por algo?

—Que no, en serio. Déjame descansar, nada más.

—Vale —no supo qué más hacer o decir—. Te aviso cuando me vaya.

—Bien —dijo con lánguida distancia ella.

Cerró la puerta con cuidado y regresó a su habitación con mal sabor de boca. Le echó un vistazo a la hora. Temprano para sus planes.

Eso hizo que se moviera como un león enjaulado, sin saber muy bien qué hacer.

De pronto tuvo un ramalazo.

Volvió a mirar la hora.

Una intuición.

¿Su padre había salido?

El sudor frío le invadió la epidermis, de arriba abajo. El sudor y el inesperado vacío de la mente y del estómago. No era una sensación aislada y desconocida, sino recuperada. La misma sensación de otra veces ampliada por el efecto del miedo.

Siempre distinta pese a ser repetida.

—No... —gimió.

Primero se dirigió a la sala. Normalidad. Le bastó con echar un vistazo a su alrededor para comprobar que allí todo seguía en orden. A continuación penetró en la cocina. La luz del fluorescente parpadeó un par de veces antes de concretarse con su brillo mortecino.

Allí la normalidad era una máscara.

Los restos de algo pegados a la pared, frente a la pequeña mesa en la que solían cenar para no tener que hacerlo en el comedor, no habían sido limpiados debidamente, tan sólo por encima. Restos que no se encontraban allí horas antes. Los vacíos de su mente y de su estómago se unieron, porque conocía demasiado bien los detalles. Se acercó a la pálida mancha rojiza y pasó la mano por encima. Todavía estaba húmeda. Miró a su alrededor buscando algo y se agachó frente a la puertecita del armario, debajo de la pila, donde se guardaba el cubo de la basura.

Casi temió abrirla.

Los restos del plato roto estaban allí, y también los de unos raviolis rebosantes de salsa de tomate.

Cerró la puertecita fatigado, respirando con dificultad, sintiendo la venda que le cegaba los ojos y la razón apretándose de forma suave aunque implacable en torno a su cabeza, y se levantó para inspeccionar un último espacio: el cuarto de baño.

La toalla manchada de sangre reposaba tan solitaria como escandalosa en el cesto de la ropa sucia.

No fue consciente de sus siguientes pasos. De la fiebre y la ira sí. Cuando abrió la puerta de la habitación de sus padres y conectó la luz, una especie de globo estalló en su mente. La reacción de su madre, sacudida por lo inesperado, fue tan dramática como explícita. Primero el susto por la súbita interrupción de su descanso. Después el miedo, tapándose el rostro.

—¡No! —gritó.

Marcelo no dijo nada. No era necesario. Le bastó con verla, por entre las manos ateridas, con el rostro tumefacto, los ojos cerrados por la violencia de los golpes, el pelo revuelto y deslucido, el cuerpo desarticulado por el dolor de su paz rota.

Y mientras ella arrancaba a llorar suavemente, él, una vez más, no supo qué hacer.

2

14

Se sentó en la cama, despacio.

Otras veces la había abrazado. Otras veces había dejado que ella llorase en silencio, sin decir nada. Otras veces...

Su padre ya no le ponía la mano encima estando él. No se atrevía.

¿O era una casualidad?

—Mamá...

La mujer movió la cabeza un par de veces, de lado a lado; no supo si para protegerse, negarle la imagen o buscar una forma mágica de cambiarlo todo. Continuó con las manos tapándose el rostro en un gesto inútil.

—Joder... —rezongó él sintiendo un océano de desconsuelo bajo su alma.

—Apaga la luz.

No la obedeció. No podía. Se sentía agarrotado.

—Apá...gala —se lo repitió hipando al confundirse su respiración con un espasmo—. Me hace... daño en... los ojos.

La obedeció para evitarle el dolor de extender la mano y hacerlo por sí misma. La luz que los

arropaba provenía ahora del exterior y proyectaba una aureola de difusa penumbra en su contorno, opaco el de ella, oscuro el suyo. A medida que la desesperación le sobrecogía, intentaba sobrellevarla con un atisbo de calma extraído de no sabía dónde.

Aunque fue su madre la que volvió a hablar.

—No es nada... en serio... —siguió hurtándole la imagen de su cara—. Más aparatoso... que otra cosa.

—Mamá, no digas tonterías —ya no pudo más—. ¿Es que no te has visto? ¡Estás tumefacta!

La mujer hizo lo posible para hundir la cabeza en la almohada. No lo consiguió. A pesar de mantener las manos en la cara, las huellas del estropicio facial se hacían evidentes. La comisura del labio mostraba una explosión de sangre, la punta de la nariz asomaba hinchada y desproporcionada, el hirsuto cabello orlabo el campo de batalla bajo el cual era fácil imaginar los ojos, violáceos, tal vez demasiado abrasados para poder abrirlos. Las manos también se ofrecían deformes, como si muchos golpes hubieran ido a parar a ellas ante el instinto de supervivencia y protección.

El agudo, aunque débil, gemido surgido de su garganta le indicó que estaba llorando.

Hizo lo único que podía hacer en un momento como aquel.

Ponerle una mano en la cabeza.

Su madre se estremeció con el contacto.

Y el gemido se hizo más abierto.

—¿Dónde está?

15